

te corneta de los tranvías los detenía en su caminata y pasaba deslizándose y mostrando su populoso y policromo interior. Concluyeron la calzada, y sin saber cómo, se acercaron sus caras de tal modo, que según el dicho de un gendarme romántico, se oyó el rumor de un beso apasionado, ardiente y prolongado.

Parecía conjurada la tormenta y se emprendió el regreso á buen paso y de buen humor. Todo los hacía reír, hasta sus observaciones que eran muchas y que se comunicaban á cada instante. Al pasar por debajo de un foco, se mortificó ella, iban de la mano hacía tiempo.

—Si parecemos novios,—se dijeron.

Recorrieron toda la avenida, deteniéndose en cada vidriera y teniendo idénticos gustos. Recordaban su luna de miel y Elisa con ruborosa coquetería, mencionó á propósito de nada, al chiquillo travieso acabado de ver.

Llegaron á su casa muy contentos, haciendo monerías cada uno, ella hablando sin *eses* y sin *eres* y él tocando el tambor con la boca y la chistera. En la servidumbre hubo su alarma por lo inusitado del hecho. Hasta el cocinero, recogién-dose el mandil, se empinó para distinguir algo de esa alegría. Se les creía orates.

El camarista—que había entrado á la vez que el maestro de cocina, al mejorar de fortuna de los amos—se atrevió á entrar, sin embargo, y avisó que durante la ausencia de los señores habían llegado algunos bultos y una carta para Javier. Se

le despidió acto continuo, y de rodillas ante un sofá deshicieron los paquetes de lo que habían comprado, arreatándose los objetos con caricias.

Por besarse, rompieron el busto de un sabio extranjero.

Al levantarse, vieron la carta olvidada sobre un velador, y adelantóse Javier á tomarla; había conocido el sobreescrito.

—Dame esa carta, Javier, ya no tienes secretos para mí.

—No puedo. Es un negocio reservado de la oficina. Voy á leerla y vuelvo.

—Léela aquí, yo mientras arreglaré todo esto, dijo Elisa señalando las compras.

Javier, algo emocionado, leyó:

“Javier, bien mío:

“Ocho días sin verte y sin recibir ninguna noticia tuya me tienen como loca. ¡Te quiero tanto! Si has decidido romper conmigo, no me opongo, soy demasiado orgullosa, pero necesito decirte algo muy interesante para los dos. No me conoces y debieras temerme. Si no vienes armaré un escándalo en tu propia casa.

Amalia.”

—Tengo que salir imprescindiblemente, Elisa—dijo al acabar su lectura—come y recógete, pues volveré tarde.

—¿Cómo, te vas sin comer conmigo? ¿Y tus promesas? Mira, ve mañana, pero no me dejes. Me aburro cuando estoy sola!

F. GAMBOA.

—Es preciso, Elisa, es preciso. Te aseguro que es la última vez.

—Sea como quieras, pero aunque vuelvas tarde, te esperaré.

Se despidieron cariñosamente y salió él disparado, tropezando con los muebles de la antesala. Refunfuñó porque no había luz y dejó caer la carta al sacar los cerillos para tomar el sombrero. Elisa curiosa y desconfiada no quiso advertírselo. Entró, recogió el papel y se acercó á la lámpara. Al concluir de leerlo, una palidez profunda cubría su semblante. Miró el techo, profundamente lastimada por esta nueva acción, y ciega de dolor y de ira pensaba en tomar alguna determinación, cuando oyó que anunciaban:

—¡El señor ministro....!

IV.

Aquella visita casual produjo un desvanecimiento á Elisa. Casi se arrepintió de haber deseado una venganza. Le espantaba la falta que aún no cometía y hubiera deseado que no permitieran al ministro penetrar en el saloncito. Quería reflexionar antes de obrar, y el delito de Javier se empequeñecía ante varias circunstancias que no acertaba á analizar. Iba á pretextar cualquiera cosa para no recibir la visita, cuando apareció el ministro sonriendo siempre y mirándola más cariñosamente que de costumbre. No tuvo valor para despedirlo y se sentó á distancia.

DEL NATURAL.

Se habló de generalidades, sin mencionar á Javier. Su Excelencia, á fuer de hombre de mundo, tenía conversación chispeante, con algunos rasgos meridionales. Su temperamento lo hacía en ocasiones ir más allá de lo permitido por la buena forma. En sus galanterías á Elisa había la vehemencia del enamorado que se denuncia contra su voluntad. Tenía hechas tantas insinuaciones á ella y tanta prodigalidad á Javier; que se creía autorizado á pedir la soñada recompensa.

A Elisa lejos de antipatizarle, la cautivaba contándole sus planes y sus fatigas, sus conquistas de muchacho y su fastidio actual; pero la cautivaba á la buena y sin pensar en nada malo ni mucho menos. Conocía, con la perspicacia de su sexo, la impresión que causaba á su Excelencia y una vez llegó á pensar, en momentos de ambición, que podría tener cuanto quisiera explotando ese cariño. Pero rechazó la idea, avergonzada de su debilidad.

El ministro hablaba sin cesar, estaba de buen humor y había despachado su carruaje. Necesitaba de muchas cosas, entre otras, hacer ejercicio para contrarrestar el bufete y de una mujer que lo quisiera mucho, sin interés, por él mismo. Le aburrían tanta adulación y tanto afecto fingido! Le hubiera encantado poder ir, después de las fatigas del despacho, á encontrar una compensación y algún descanso en una salita como esa, puesta con tanto gusto, con tanta monería y con una moradora como ella.

cabo de necesitarla tenía la señorita, pues el otro señor era todo un caballero y se le conocía á la legua lo decente y lo desprendido. La menor propina significaba un duro tan brillante como un sol y nada más porque ella se acomedia á quitarle el gabán ó el paraguas!

Supo Elisa que Javier había vuelto á eso de las cinco de la mañana, precisamente cuando salía el señor ministro, y que por poco no se encuentran á no haber estado allí, ella, Anita, que oportunamente apagó el mechero de gas del corredor, ocultando á su Excelencia en su propio cuarto.

—Basta, dijo Elisa, que ansiaba conocer los detalles, pero á quien la verbosidad de la criada torturaba cruelmente.

Tenía vergüenza. Sentía ardérsele la cara frente á cómplice semejante, y sin embargo, hubiera deseado que la desobedeciera, saber lo ocurrido, sobre todo lo dicho por Javier. No se atrevía á preguntar, por temor de descubrirse manifestando tanto interés por un asunto que al parecer no lo merecía. Mandó retirarse á Anita y entró á arreglarse. Necesitaba tomar el aire, salir á alguna parte para convencerse de que nadie sospechaba nada, de que era respetada y considerada como antes. Le entraron tentaciones de despedir á la criada, único testigo de su falta; pero si por vengarse iba á contar á otras casas su deshonra, ésta se haría pública, la comentarían de mil modos, y sabe Dios, si hasta saldría mal disfrazada en un periódico escandaloso. Además, estaba resuelta

á no ver al ministro, y si era preciso, á escribirle suplicándole que disminuyera sus visitas. Estaba nerviosa, mal humorada, con ganas de llorar. Confía sólo en la caballerosidad del prócer, que indudablemente comprendería lo delicado de la situación y se moderaría para no comprometerla. ¿Qué pensaría de ella? ¡Que era como todas, una hipócrita y nada más! Concluyó de vestirse, y sin comer nada, salió á la calle.

V.

Javier había partido desatinado de su casa. Operábase en él una reacción de cariño por Amalia, casi idéntica á la que había sufrido por Elisa. Le apenaba su falta de carácter pero no podía remediarlo. Recordaba los atractivos de aquella aumentándolos de modo inconcebible, y se le hacía inmenso el tiempo que había permanecido disgustado. De vez en cuando, la imagen de Elisa cruzaba indignada por su imaginación, pidiéndole estrecha cuenta de sus actos, y reclamando parte de un cariño jurado en tantas ocasiones y olvidado tan pronto. Pensaba en otras cosas, procuraba aturdirse y se disculpaba á sí mismo opinando que después de todo, no era él el primer marido que observaba semejantes proceder ni sería el último. Trataría de concluir esas relaciones, pero con modo, no era humano romper brusca-mente, cuando Amalia, estaba seguro, lo quería muchísimo. Había dado pruebas. ¿No llevaban

algunos días sin verse? ¿Y no ella se había portado con seriedad rechazando proposiciones formales, sólo por cariño á él—según le informaron—que orgullosa la obligaba á provocar una explicación? ¿Qué más podía apetecer? Vencer á criatura tan indómita era mucho alcanzar. Allí estaba la ocasión para manifestarse enérgico, imponiendo condiciones que juzgaba indispensables para su decoro de hombre y su tranquilidad de marido.

La idea de la próxima reconciliación lo entusiasmaba, hacía lo tropezar con los transeuntes, que, indignados, lo obsequiaban con diversas interjecciones. Pero nada oía ni se hubiera detenido tampoco. Marchaba de prisa, aguijoneado por el deseo, y para evitar un arrepentimiento naciente que lo molestaba estorbándole el paso. Temía encontrarse, al volver la cara, con la de Elisa bañada en lágrimas, buscando un apoyo y tropezando con una infidelidad, sufriendo en silencio, sin proferir una queja, sin amparo, sin consuelo. Estremecía al pensar que pudiera encontrarse con un sucesor que mitigara cariñosamente correspondido los dolores de su esposa. Después de todo, ¿qué tendría de extraño si él provocaba la reciprocidad? Y sin embargo no podía prescindir de ver á Amalia siquiera por último, aunque no volviera ni á ocuparse de ella. Le demostraría los inconvenientes de sus relaciones y terminarían como buenos amigos, evitando así escándalos y remordimientos. Al pasar por el teatro, pensó en que Amalia volvería á los bastidores muy pronto,

al trato canallesco de sus compañeros, coristas en su mayoría, que se muerden mutuamente y se despedazan sin piedad.

Concluía el entreacto y la campanilla de aviso llevó hasta sus oídos un sonido que se le antojó estridente y fatídico y, que no era sino el resultado de un tirón dado sin conciencia por el empleado que dormitaría en su banco. La luz del pórtico cayendo á raudales sobre el empedrado, lo desvaneció, y el eco continuado de la campanilla le simulaba una carcajada nerviosa y burlona lanzada exprofeso para exasperarlo. Tentado se vió de volver á hacer una reclamación; se detuvo y se rió de sí mismo, parecía niño. No se decidía por la separación completa; continuó su camino víctima de grandes vacilaciones, llegó emocionado al entresuelo que pagaba á la figuranta.

No quiso llamar para darle el gusto de sorprenderla durmiendo, y no encontraba la llavecita que siempre había guardado. Le llamó la atención el silencio de la casa. Abrió y en el fondo del corredor, la mecha carbonizada de una lámpara sin reverbero, viciaba la atmósfera, haciéndola irrespirable. Dejó abierta la puerta para que se marchara la peste, y una ráfaga de aire extinguió bruscamente la agonizante luz. Sintió miedo. Encontraba siniestro ese accidente tan natural y por poco se marcha. De nuevo se encontró con la imagen de Elisa, y ahora, en la oscuridad, se destacaba mucho mejor, mirándola pasar con tranquilidad majestuosa, pero llorando como antes.

Iba á salir arrepentido y contrito, cuando escuchó un ronquido ordinario, feroz y masculino. Creyó estar soñando y no se atrevió ni á respirar. Negras consideraciones le atormentaban el cerebro y sentía latir sus sienes con fuerza extraordinaria. Se olvidó de Elisa y de todo lo bueno que conservaba por milagro. No veía más que á Amalia prodigando sus caricias á algún vagabundo, y no podía explicarse tanta perfidia. ¿Para eso lo había llamado, cuando empezaba apenas á curarse de ese cariño tan mal tratado? Pensó en tanto, que llegó á imaginar monstruosidades imposibles. Estaba calenturiento y opinaba por la destrucción. Decididamente armaría un escándalo. No creyó quererla á ese grado y se convenció de que no podría pasársela sin ella. ¿Qué le importaba lo demás?

Penetró á la sala para convencerse de la falta y para conocer á ese rival que tan bien se aprovechaba de sus ausencias. Entró temblando de ira y en su violencia derribó una mesa que al caer causó un ruido formidable. Se detuvo alarmado por su torpeza y esperando las consecuencias de un anuncio tan ruidoso. En la alcoba se oía el murmullo peculiar á una conversación tenida en voz baja y de prisa, y á Amalia que preguntaba:

—¿Quién es?

Crejó más prudente no contestar y se ocultó tras un mueble cualquiera, para no ser visto y observar cuanto pasara. Podía haberse equivocado y no sería cuerdo demostrar á Amalia un celo ex-

cesivo. Contuvo el aliento lamentando no llevar ninguna arma, y esperó.

La puerta de la alcoba se abrió, y apareció Amalia en ligerísimo traje que detenía con una mano, mientras con la otra sostenía una bujía á la altura de la cabeza. Paseó una mirada por todo el salón y al descubrir á Javier, que no pudo reconocer, dejó caer la luz gritando:

—¡Un hombre, Antonio, un hombre!

Javier quiso aprovecharse de las tinieblas, llegó hasta el corredor y trató de salir, pero antes de encontrar la llavecita, fué alcanzado por el amante de Amalia armado de un bastón que hacía girar sin cesar, y seguido de ésta que alumbraba el correctivo á un allanador de moradas.

No pudo contenerse, no era cobarde, y además la evidencia del engaño lo puso fuera de sí. Su sucesor era el bajo cómico de la compañía, un ordinariote incapaz de nada bueno, enteramente sin pudor, que no reparaba ante cualquier indignidad. Sintióse degradado frente á su heredero y se lanzó sobre él. Amalia, sorprendida y contrariada, se interpuso diciendo:

—Cálmate Javier, por Dios, yo te explicaré. . . .

Pero antes de que concluyera su frase recibió un golpe brutal en la cabeza, que la hizo caer. Era Antonio, que celoso á su vez, no podía permitir tal ofensa á su linaje. Él no estaba para eso. Y entonces, en una semiobscuridad producida por la luz que ardía en el piso trabajosamente, se empeñó una lucha vulgar y soez entre los dos aman-

tes, que se revolcaban repartiéndose con igual furia mordiscos y puñadas. Una lucha vergonzosa, imposible para un hombre digno. Abrazábanse en ocasiones y con las caras casi juntas, humedecidas por el sudor y la sangre, se vomitaban insultos de la peor especie, de esos que se oyen raramente y que ofenden el oído menos asustadizo. Amalia, mudo testigo de esta escena, no podía impedir la. Siempre que se acercaba, recibía una lluvia de golpes que no le estaban dirigidos, pero que le hacían daño. Los combatientes, derrengados, comenzar al fin á ceder, por cansancio. La respiración fatigosa de ambos, reclamaba por lo menos un descanso, una tregua, que se otorgaron sin consulta. Al separarse, no podían ni hablar: tal era su agitación. Su cólera la habían limitado á mirarse furiosamente. Amalia se dirigió á Antonio, y como quien ordena, con imperio, le hablaba algo al oído que Javier no podía escuchar. Antonio respondió que no, hasta que un secreto mayor que los anteriores pareció decidirlo. Javier presentaba un aspecto desolador, los ojos amaratados, la cabeza maltrecha, la ropa desgarrada y un color pálido que lo hacía aparecer mucho peor. Su contendiente, aunque con huellas de combate, tenía un aspecto presentable. Compuso su exterior y sin mirar á Javier, se lanzó á la calle. Entonces Amalia, con la seguridad que da á la mujer el saber que es querida, se acercó á Javier atrayéndolo con dulzura al fondo del salón. Él se dejaba hacer como si en la refriega hubiera

perdido la voluntad propia. Parecía insensible, e inconscientemente cayó sobre un canapé. Amalia, sentada á su lado, lo acariciaba con dulzura, con zalamería, restregándose contra él, que, poco á poco, se le acurrucó en la garganta, y mareado por la excitación nerviosa, el dolor moral y el olor á mujer que tan de cerca percibía, sin darse cuenta de la semidesnudez de Amalia, se desvaneció á tal punto, que no sintió cuándo entre ésta y la única criada de que disponía, lo trasladaban á la alcoba. Al recuperarse y encontrarse acostado en esa casa que tanto le costaba, precisó los hechos con la claridad que viene á la percepción después de una conmoción que despedaza hondamente, y se echó á llorar. Amalia dormía á su lado, sentada en una silla y reclinada sobre el lecho. La hubiera matado. Se sentía pervertido, lleno de malos instintos, degradado. Y la quería, ya no tenía duda, la quería muchísimo. Le hubiera perdonado hasta los golpes recibidos sólo por ella, á reconocer éstos diverso origen. Si se hubieran visto agredidos en la calle, por un desconocido, cuando volvían contentos y enamorados en los días felices, todo habría cambiado. Pero verse burlado de una manera tan sangrienta é inmerecida, no tenía nombre ni había castigo bastante. Decididamente, no la vería más. Se levantó y notó que la habitación marchaba de prisa, moviéndose á todos lados. Se apoyó en algo y mejorado un tanto, se dispuso á salir.

—¿Si la estrangulara?